De la vejez y la locura

Donerre Johnson

De la vejez y la locura

Donerre Johnson

Avant
editorial

Primera edición, Sespiembre de 2021
© Donerre Johnson, 2021
@donerre.Johnson
@rafaibaez7

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18844-86-7
IBIC: FF

A mis hijos, Martin y Nerea,
que son agua, tierra, aire y fuego.

Y a todas aquellas personas que,
estando a uno u otro lado del sendero de la vida,
no se rinden nunca.
Incluso cuando ya han sido olvidados.

«Un largo silencio en el tiempo,
a veces puede significar justo lo contrario;
un grito de auxilio que puede provenir
de las profundidades de
un alma herida».

R. Ibáñez

I – El hallazgo

«En el núcleo más recóndito de toda soledad hay un profundo y poderoso anhelo de unión con el yo perdido».

—Brendan Behan—

Era algo habitual desde que cumplió los cinco, el joven se despertaba cuando en la última frase de su sueño reclamada a gritos a su madre. A pesar de estar ya cerca de los catorce, se despertaba casi cada día con la cama húmeda. De cada uno de los poros de su piel emanaba el sudor frío de sus pesadillas, con los músculos tensos e hiperventilando con fuerza. El aire era expulsado de sus pulmones con tanta violencia, que estos parecían querer escapar de su pecho.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¿estás ahí? —Se desgañitaba antes de abrir los ojos, pegajosos por las legañas que le habían producido las lágrimas secas.

Cada día, al levantarse para ir al colegio, lo primero que hacía, incluso antes de vestirse, era contar los pasos que había desde su cama hasta al primer escalón de la calle. Había exactamente diecisiete pequeños pasos, ni uno más ni uno menos.

Resultaba extraño que de un día para otro siempre lo olvidaba, quería asegurarse de que esa distancia nunca cambiaba por si tenía que salir corriendo apresuradamente alguna vez.

Aquellos pocos minutos que duraba su tenso despertar se hacían eternos. Tendido en la cama, quieto, ojiplático y mirando al techo yacía el joven Roger que aún no acababa de espabilar, aunque tenía una sensación muy molesta por el fuerte olor y el tacto mojado de su ropa de cama. La pereza y el frescor de las primeras horas de la mañana pegaban las sábanas a su cuerpo y él se encargaba, agarrándolas con fuerza con las dos manos y llevándolas al cuello, de que estas no se despegaran. A sus oídos le llegaba el lejano susurro de una canción que no recordaba haber oído nunca, un tema de los sesenta de The Doors, *Gloria* parecía repetir hasta la saciedad, repetían ese nombre tantas veces que parecía bastante obvio que ese era el título de la canción. La melodía de esa canción, forzaba aún más al chico a quedarse ahí tumbado.

El sonido procedía del exterior de la habitación, alguien debió dejar olvidado el transistor en marcha. Podía haber sido su padre, que marchaba muy temprano a trabajar a la fábrica o tal vez su viejo tío, el dueño de la casa que compartía con ellos, que ocioso, se habría marchado bien pronto para inaugurar la caja de algún bar, con un buen copazo.

Con casi catorce primaveras, el chico no debería tener demasiadas preocupaciones más allá de sacar sus asignaturas adelante y evitar al máximo los enfrentamientos con algunos compañeros de clase del nuevo curso que acababa de comenzar. Aunque ya desde hace varios años que también tenía que lidiar a diario con sus dos padres, su padre biológico, Oul, y

quien hacía las veces de padre, su tío Jack. Las peleas y los desencuentros eran una constante.

Aquella parecía otra triste mañana más de su corta existencia, salvo por *Gloria* que dio un toque chisposo y animado a ese despertar. El verano se despedía y ofrecía sus últimas horas a golpe de días más propios del otoño. Vientos, todavía cariñosos, nubes amenazantes y temperaturas más bajas, iban marcando la pauta de los cambios ambientales y meteorológicos que se esperaban para las próximas semanas. Por estas latitudes el verano brilla por su ausencia y, se podría decir, que pronto llegará el invierno aplastando cualquier cosa que se parezca, otoño e invierno eran las dos estaciones predominantes, el resto solo eran un triste formalismo científico. A estas alturas el frío se había apoderado de la calle, un viento suave y una fina lluvia, casi inapreciable, hacían acto de presencia para teñir de gris esas primeras horas del día.

Roger Hudson era un joven de cara larga, cierto tono tristón y poco expresivo, de estatura media, más bien canijo pero fibroso. Salía a correr a menudo para evadirse de la realidad, era muy lento y patoso, pero eso le ayudaba a mantener una buena forma física, aunque parecía incapaz de aprovechar esa fortaleza frente a las amenazas que le rodeaban. A pesar de todo no era un chico enérgico, más bien emanaba cierta apatía y parsimonia.

Su nariz, más bien grande y puntiaguda, se asemejaba en cierta manera al pico de un pingüino; su boca fina y una dentadura correcta pero delicada, conformaban su cara. Sus ojos eran muy oscuros como el café y podía presumir de una excelente visión a pesar de tener el ojo derecho un poco vago, un defecto que arrastraba desde la infancia y que no

fue corregido, pues no lo detectaron a tiempo. Era característico en él, que su ojo vago se cerrara algo más que el otro, a medida que se encontrase más cansado, no importaba que fuera cansancio físico o mental, siempre acababa cerrándose un poco más que el izquierdo. También tenía un leve tic, que afectaba a ambas esferas oculares, como de un doble guiño que las chicas solían malinterpretar como un coqueteo, incluso algunas llegaban a molestarse bastante y huían como si les persiguiera un lobo hambriento.

Roger era un chico más bien del montón y esos gestos involuntarios le llegaron a ocasionar algún contratiempo inesperado al intentar entrar en ciertos grupos de conversación. La gente se apartaba, le ignoraban o ni tan siquiera le miraban, eso generó en él un potente sentimiento de rechazo que empezó a minar su autoestima y a rechazar de forma paulatina los ambientes concurridos.

Su pelo moreno, corte a media melena poco cuidada, pues no le agradaba peinarse, algo desaliñado y rebelde se podría decir, era otra característica que, junto con un ligero rebote y una leve inclinación hacia adelante al andar que le marcaba una pequeña joroba, lo hacían fácilmente reconocible a cierta distancia.

Tenía un pequeño corte en la muñeca derecha que se hizo al caer de la bici sobre una alambrada cuando tenía ocho años, por aquel entonces todo le parecía un juego de niños. Tomar carrerilla, tirarse por cuestas empinadas y contar los arañazos al llegar abajo, ganaba el que más marcas tenía. El corte fue profundo, aunque sin demasiada importancia, pero lo marcaría, como si de un tatuaje barato se tratara, de por vida. Hoy día no repetiría esas locuras.

Los mal llamados compañeros de Roger, habitualmente se jactaban de su poca sociabilidad, siempre apartado del resto, solían meterse con él muy a menudo. Lo apodaron Orfo, debido a que su madre desapareció cuando tan solo tenía cinco años y unos pocos meses, en extrañas circunstancias que no logra recordar. Desde aquel entonces, quizás por un *shock* traumático, tenía bastantes recuerdos de su infancia completamente olvidados, ahogados en opacas ciénagas de la memoria, ocultos en algún lugar de su cerebro de difícil acceso, y que por mucho que se esforzaba jamás lograba recordar. Sus compañeros aprovecharon una clase de una materia optativa, una maría de esas de relleno de primer año, clase de esperanto, para captar palabras que les resultaban graciosas y que utilizarían en forma de proyectil verbal hacia su persona. Orfo significa huérfano en esperanto. Algunos jóvenes pueden llegar a ser muy crueles y no son conscientes del daño que pueden hacer.

Al margen de sus apodos variopintos, a Roger se le conocía como Roy desde pequeño. Su padre y su tío también solían llamarle Roggie, pero lo usaban para ningunearle. Cuando escuchaba ese nombre, casi siempre en un grito, sabía que nada bueno le precedía.

Con el tiempo, el joven Roy, había desarrollado un imperioso deseo de huir de allí.

Vivía en una casa de madera situada en mitad de ninguna parte que pertenecía al tío Jack, fueron a vivir allí al desaparecer su madre. Su padre, Oul Hudson, era otro grano en el culo de Roy. Oul iba de trabajo en trabajo, siempre mal pagado, labores duras y poco cualificadas. Picoteaba lo que podía en puestos muy precarios, nunca se esforzó en serio por

conseguir nada mejor o más estable en la vida. Su hijo le tenía un amor «forzado», si no fuera su padre lo odiaría prácticamente de la misma manera que odiaba a su tío Jack.

Siempre decía que su padre era bastante flojo de mollera, que no tenía personalidad. La caprichosa genética haría que Roy heredara parte de estos vicios paternos y, por suerte, muy poco o nada del carácter de Jack.

Jack era el hermano mayor de Oul, un viejo cascarrabias de sesenta y seis años que aparentaba diez más. Prestaba su casa a cambio de que él no tuviera que esforzarse demasiado, no trabajar y vivir del cuento. Fumaba y bebía como un cosaco, daba la sensación de que no le llegaba el riego al cerebro y que no iba a pasar de las siguientes navidades, pero tal y como reza el dicho «mala hierba nunca muere», ahí seguía. Mal vivían con la pequeña pensión que recibía, el escaso sueldo que el padre de Roy obtenía de sus precarios trabajos y algún que otro chanchullo, ya que siempre sacaba algo de material a escondidas de los trabajos que tenía y lo malvendía por ahí para sacarse un extra. Fue despedido alguna vez por esta circunstancia, no se había labrado buena fama, pero aun así solía encontrar trabajo.

El viejo Jack no era trigo limpio, la vida no lo trató bien y en consecuencia decidió pagarlo con cuantas personas le rodeasen o se cruzasen en su rutina diaria. No era aconsejable pasar mucho rato cerca de él. En este sentido, Roy resultaba perjudicado sobremanera porque o estaba a su alrededor o se cruzaba en su camino. Siempre llevaba un boleto premiado y Jack era quien pagaba.

Era habitual que el viejo lo maltratara psicológicamente a base de insultos, improperios, sarcasmos poco constructivos

y cualquier cosa que pudiera ofender al joven. De vez en cuando también recibía castigos físicos, tanto de Jack como de su padre: collejas, algún empujón o alguna bofetada; no solía pasar de ahí. El muchacho iba siempre atemorizado y con mirada nerviosa, pues nunca sabía por dónde iban a venir.

¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!

¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!

Unos fuertes golpes en la puerta rompieron la relajada tranquilidad de Roy.

¡Pum!, ¡pum!, ¡pum!

Otra vez, cada uno de los golpes sonaba más fuerte que el anterior.

Y de nuevo un silencio sepulcral, nadie habló y nada ni nadie volvió a golpear la puerta.

Roy siguió así, en esa posición, inmóvil, intentando mimetizarse con la frazada, abriendo los ojos como portalones, durante otros once minutos más. Todo parecía indicar que permanecería tumbado en la cama hasta la hora de comer, mirando al techo con los ojos abiertos hasta el extremo y sujetando fuertemente la manta con las dos manos tapándose incluso la nariz, pero otro sonido al otro lado de la puerta de su habitación captó de nuevo su atención.

¡Ñeeec!, ¡crack!

No era más que el crujido de la vieja madera de aquel mueble aparador del pasillo, que siempre está en medio dispuesto a golpearte el meñique del pie, al menor descuido, durante tu transcurrir nocturno hacia el lavabo. Aquel con el que tantas veces tropezó en mitad de la noche al ir y volver del baño, que contenía cualquier cosa extraña, menos aquellas cosas para las que fue diseñado. Roy llegó a odiar aquel mueble

a diario, al igual que todo lo que había en esa casa. Aun así, su mente juvenil lo hizo presa de la duda sobre la procedencia de aquel ruido durante algunos minutos más.

Al fin se incorporó, no sin dificultad. Esa humedad matinal que se había colado entre sus piernas había entumecido sus músculos y sus huesos. A pesar de su tierna edad, en ese momento se sintió viejo, aunque simplemente tenía los tendones demasiado rígidos y eso causó esa sensación en él. Incluso llegó a asustarse por un momento.

La habitación estaba desordenada, la ropa del día anterior estaba tirada por el suelo y los zapatos de cualquier manera. Algún libro, que jamás leyó, también estaba inusualmente ubicado. Al colocar el primer pie en el suelo, localizó aquella canica azul con la que jugaba hacía ya algunos años y que tanta suerte le había dado, excepto aquella mañana. Ese día lo que le propició fue un fuerte, aunque momentáneo, dolor en la planta del pie. Empezar el día maldiciendo el mundo no es una buena forma de comenzar.

Al pisar la canica volvió a sentarse dolorido al borde de la cama, después de un fino gemido y respirar profundamente para relajar la musculatura y apaciguar el dolor, consiguió finalmente empezar a desperezarse. En esta ocasión, continuó sentado en la cama, estirando los brazos hacia arriba y luego al frente, de esa manera consiguió desentumecer algunos músculos y activarse un poco. A esa hora de la mañana, cerca ya de las siete, le cuesta a todo hijo de vecino ponerse en marcha.

A pesar de vivir a poco menos de treinta minutos en bicicleta del colegio, solía levantarse algo más pronto que sus compañeros de clase. Le gustaba tomarse las cosas con mucha

calma, desayunar con tranquilidad, sin presión y si acababa pronto o algún día no le apetecía, simplemente se aseaba, se vestía, cogía su negra mochila de la Creedence, su grupo de rock favorito, salía a tomar el fresco y a matar moscas por una zona boscosa cercana, a medio camino entre su casa y el instituto.

Una vez desperezado, tal cual salió de la cama, tiró el pijama sucio y mojado de la orina de esa noche al suelo y lo empujó con el pie, con cara de asco, debajo de la cama. Se calzó unas zapatillas, de esas de estar por casa, con un horrible estampado a cuadros. Parecía que se las había tomado prestadas a su padre o al viejo, ya que eran más acordes con su mal gusto.

En calzoncillos, de pie frente a la cama, dio una mirada de trescientos sesenta grados a la habitación. Parecía estar buscando algo, tal vez aquella noche tuvo uno de tantos sueños casi reveladores que tenía habitualmente, con los que solía recordar algunas escenas ya olvidadas del pasado, un pasado inmediato y en ocasiones, algo más lejano.

«No sería nada, tal vez recuerde lo que busco mientras me tome el desayuno», pensó Roy con cara de incredulidad mientras se encogía de hombros.

Volvió a mirar al frente, justo en dirección a la puerta, dio dos tímidos pasos y ya estaba girando el pomo. Curiosamente, aquella puerta era la única de la casa, y probablemente de toda la isla, que para poder abrirla debía girarse en el mismo sentido en el que lo hacen las agujas del reloj. Roy nunca llegó a adaptarse, cada mañana al levantarse había olvidado en qué sentido se giraba ese pomo. Un par de pruebas y error y acto seguido giro al contrario y *voil*à, puerta abierta. Ya bajo

el marco de la puerta, Roy se detuvo y girándose nuevamente dirigió su mirada al interior de la habitación, lo que descubrió fue un auténtico desorden.

«No recuerdo haber dejado la habitación en este estado», pensó mientras escaneaba visualmente cada esquina de la habitación, de forma inquieta y algo exaltada.

Observó que una de sus deportivas estaba sobre el escritorio donde intentaba estudiar y concentrarse casi a diario. No siempre lo conseguía, pero lo intentaba cada tarde después comer. Ahora cursaba segundo curso, le exigían mucho y no era un chico que destacase precisamente por su buena memoria, necesitaba esforzarse un poco más que la media para obtener unas notas razonables. Había recibido muchas broncas debido a sus ajustadas calificaciones, su padre le exigía lo que nunca se había exigido a sí mismo.

Encima de la estantería, en el segundo estante, a la altura del pecho y cerca de un desordenado montón de cómics, descubrió algo atípico en ese lugar y difícil de encontrar en esa casa. Sobresalía, casi al punto de caer, una pequeña cartera cuya combinación de colores hacía sospechar que no tenía un dueño, sino más bien una dueña. No es algo que llevaría un chico de su edad, sobre todo Roy, ya se metían bastante con él por otros cientos de cosas absurdas, que si el pelo, los guiños, su madre, cualquier cosa valía.

Si ya estaba algo desubicado, Roy tuvo que rascarse los ojos para volver a mirar y asegurarse de que lo que veía era en realidad lo que creía que era, un pequeño monedero de color rosa con un pequeño búho serigrafiado. El dibujo se parecía mucho a un pequeño búho que aparece en unos dibujos

animados infantiles que veía Roy de niño, y que enseñaba cosas muy triviales para niños y niñas muy pequeños.

—Obviamente eso no es mío —murmuró—, ¿cómo demonios ha podido llegar esa cosa a mi habitación? Obviamente eso no es mío —musitó de nuevo—, ¿cómo puede ser que no recuerde la forma en la que llegó eso a mi habitación? —Encogido de hombros parecía preguntarle a la pared. Pasó de pensar para sí mismo a comentar abiertamente, como si esperase que algo o alguien respondiera.

Ni corto ni perezoso, entró nuevamente en la estancia y fue directo a coger ese objeto que, en teoría, sobraba en aquella habitación. Le dio dos vueltas, se lo paso de mano en mano, resopló varias veces y llevó su mano derecha a la cabeza, acariciándola nervioso como si estuviera desconcertado. Aun así, no se atrevió a abrirlo para averiguar que contenía. Un cierto temor al desconocido y misterioso objeto, se lo impedía.

Con la incertidumbre del contenido de la misteriosa cartera, salió de la habitación y realizó el ritual de cada mañana.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ..., quince, dieciséis y diecisiete, sí, eso es, diecisiete pasos, como siempre. Todo sigue igual —murmuraba para sí en un tono muy bajo, casi inaudible.

Una vez se había asegurado de que todo seguía igual, fue directo al comedor, donde habitualmente desayunaba. Soltó la cartera sobre la mesa, dio media vuelta dándole la espalda, luego tres pasos en dirección a la cocina y se detuvo dubitativo. Miró la cartera y continuó su camino hacia la cocina dispuesto a prepararse el desayuno. Durante el tiempo que duró el corto trayecto se olvidó de ella.

Roy es animal de costumbres, solía desayunar siempre lo mismo: un vaso de leche caliente con cacao y un buen puñado de cereales. Como siempre, lo hacía en solitario, pues su padre Oul empezaba pronto la jornada en la fábrica y su viejo tío Jack, solía quedarse cerrando solo dios sabe que bares. Ese era otro misterio que Roy no tenía intención alguna de resolver, al menos todavía.

Aquel día fue diferente, de entrada, decidió tomar la leche caliente, pero sin añadir cacao, un gesto que no tenía mayor importancia salvo que el sabor de la leche sola nunca le había gustado. Puso un gran vaso ancho en el microondas, tres minutos y medio de programa al máximo, y leche caliente en un plis plas. Al ir a sacar el vaso casi se le cae, pues nunca había calentado tanto la leche y le sorprendió la temperatura que había alcanzado el vaso, notó una leve quemadura y lo dejó con premura en la encimera. Agarró el vaso con una servilleta de trapo en una mano, y el paquete de cereales en la otra. Se dirigió a la mesa donde minutos antes había dejado la misteriosa cartera rosa, depositando sobre la misma el vaso y los cereales, y allí quieto se quedó pensativo, mirando esa cartera que aún no se había atrevido a abrir.

Pasados un par de minutos regresó a la cocina a coger un paquete de galletas con chocolate, pensó que los cereales serían insuficientes y que se quedaría con hambre. Este día iba a ser diferente desde el principio, y volvió para acomodarse de nuevo. Ya sentado en la silla se dispuso a tomar tranquilamente el desayuno.

Pensativo y algo confuso, iba echando miraditas furtivas a la cartera. Un trago y una mirada, una galleta y otra mirada al pequeño y enigmático monedero.